

ESENCIALIZACIÓN E HISTORIFICACIÓN DE LA IMAGEN INDÍGENA EN YANAKUNA DE JESÚS LARA¹

Josefa Salmón

La historia, según Nietzsche es necesaria al hombre de tres maneras: «en relación a su acción y su lucha, su conservatismo y reverencia, su sufrimiento y su deseo por librarse de éste» (12) (traducción mía). La literatura como vehículo imaginario e intérprete del pasado forma parte de esa función vital de la historia para el que la escribe, los que la leen y la cultura de donde proviene. Hay ciertas imágenes que han persistido en la historia y que de repente son revividas por la literatura. La concepción del indígena o la mujer² estrechamente ligados a la naturaleza ha sido una imagen que se ha fijado a través de la historia tanto para liberarlos como para segregarlos. La idea de naturaleza en sí, como una entidad sin historia y por lo tanto esencial que no cambia y se fija en el tiempo, ha dominado gran parte de la filosofía occidental y según Rosset ciertos periodos históricos como por ejemplo el siglo XVIII, con el auge de la filosofía rousseauiana, que según él, predomina en este siglo en la crítica de la escuela de Frankfurt cuyos mayores exponentes fueron Adorno, Horkheimer, Riech y Marcuse (293).

En vista de la existencia de ciertas imágenes que predominan en la historia y se fijan como naturales, me propongo examinar aquella del indígena, en este caso la mujer indígena, y ver cómo el escritor, quechúologo, líder comunista, Jesús Lara, le da una particularidad histórica y la utiliza en su novela *Yanakuna*, publicada en 1952. Su escritura parte de una posición política consciente como líder y representante de la delegación boliviana del Consejo Mun-

1. Algunas ideas sobre Lara desarrolladas en este estudio fueron expuestas en forma menos elaborada en mi libro, *El espejo indígena*.
2. Ver el libro de Celia Amorós, donde traza la concepción de la mujer desde el punto de vista de la filosofía occidental.

dial de la Paz y más tarde del Partido Comunista Boliviano. A causa de su filiación política fue torturado y perseguido hasta el día de su muerte, hecho que aconteció cuando Luis García Meza subió al poder en 1980. La ya frágil salud de Lara no pudo soportar la clandestinidad a la que se vio forzado con otra dictadura militar.

Esta posición política es también la que orienta su literatura. Ante la falta de entendimiento de su obra o falta de reconocimiento nacional, Lara explica que de todas formas, su lector no es el lector letrado sino el pueblo.

El pueblo, mi pueblo, es la masa oprimida y hambreada y es ésa la gente que me lee y agota mis ediciones. Y ese pueblo está a mi lado, porque sabe que mis obras recogen e interpretan sus sufrimientos, sus inquietudes y sus esperanza. (*Chajma* 87).

Por lo tanto, la literatura y el indigenismo de Lara tienen una fuerte intencionalidad crítica social que denuncia la opresión indígena. Su novela presenta la complejidad paradójica de esta intencionalidad político social en la imagen indígena de rebelión que postula. Como se verá más adelante, la imagen de ruptura que después llevará a la rebelión está muy vinculada a la fijación de una imagen esencial de la identidad indígena con lo natural. Podemos decir que hay una tendencia a fijar, a naturalizar al indígena en el campo. Es decir, su esencia de ser (campesino) está en el campo y no en la urbe.

El asunto de la novela presenta la relación con el espacio en que viven los personajes, como la definidora de la existencia del indio en diferentes localidades. Presenta el despojo, la opresión indígena en la hacienda, así como en el pueblo y la ciudad. La rebelión indígena que lleva a la captura del hacendado y a su hoguera, surge a raíz de la violación de la hija de 11 años de Wayra, el personaje principal de la obra. Pero al mismo tiempo se vuelve colectiva para reflejar los abusos sufridos por toda la comunidad. Wayra es la víctima de los sistemas represivos y se convierte en la representación individual de la sociedad indígena.

Hay dos escenas importantes para la argumentación de este trabajo y para examinar la imagen indígena y de rebelión que construye Lara. Una es la imagen idílica de Wayra en posesión de sus ovejas y la otra cuando su madre la entrega de sirvienta a los prestamistas, don Encarno y doña Elota para cancelar la deuda que había contraído con ellos. La primera imagen comprende una totalidad entre la naturaleza y la pastora. Describe Lara:

Nuestra indiecita no abandonaba el cerro sino a la puesta del sol. [...] Así, embrujado por el cerro, en un pequeño mundo poblado de ovejas, de juegos, de canciones, de risas, así era cómo había vivido Wayra. [...] Había que verla con su cabellera suelta y su pollerita roja saltando de roca en roca desliziéndose de una que-

brada a otra. [...] Había que verla en las más delgadas ramas de los molles y por la orilla de los barrancos, silbando, resbalando como el viento. [...] Y continuaron los días felices, cargados de juegos, de cantos, de risas y de pelcas (*Yanakuna* 27-29).³

La descripción de Lara presenta una imagen feliz de Wayra en posesión de sus ovejas, que a su vez radica en una libertad y un dominio de sí misma así como ante los otros niños pastores. En los juegos y peleas de estos, Wayra ejercía su mando: «Del modo más natural, casi sin darse cuenta aparecieron los rapaces admitiendo sus iniciativas, sus mandatos y aun sus reproches» (28). La facilidad y el comando con el que Wayra se mueve en la quebrada: «resbalando como el viento», (28) refuerza la libertad de ella y el dominio de su ambiente.

Si bien la identidad del indio con la naturaleza es una constante en la historia latinoamericana, desde los diarios de Colón, Lara la contextualiza en su época y en la ideología de los grupos nacionalistas revolucionarios que desean representar los intereses del campesinado. La plataforma política del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), Partido Izquierdista Revolucionario (PIR) y el Partido Obrero Revolucionario (POR) de esta época había adoptado el lema de Tristán Marof: «tierras al indio y minas al Estado». Los ensayos de Marof ya en los años 20 habían materializado la imagen indígena dentro del conflicto de tierras, así como Tamayo hizo resaltar la importancia laboral de éste para la nación.

La imagen que Lara crea, es parte de este contexto ideológico, y por eso la representación de la felicidad idílica de Wayra está enteramente ligada a la propiedad privada. Esta relación es primordial para crear la totalidad intrínseca del ser de Wayra: la identidad de ésta con sus ovejas. Lara describe esta imagen como un evento primario en la vida de este personaje principal:

Era cierto que las ovejas habían constituido lo principal de su pequeño mundo. Podíase decir que su infancia fue una ladera florecida de ovejas. Ellas salpicaban de blancas manchas movedizas el fondo impreciso de sus recuerdos más lejanos. Sus primeros juguetes, tal vez los únicos, sus primeros amigos, el todo de sus primeros años, fueron siempre los corderos. Nunca supieron sus manos de nada que fuese tan mullido, tan delicado como el vellón de los corderitos recién nacidos. Quién sabe si era menos tierna inclusive la plumilla incipiente de los polluelos. Con nada se embelesó jamás su oído como con aquellos dulces balidos que semejantes a canciones venían del corazón del redil por las mañanas. [...] Sus ovejas. Ellas habían vivido siempre pegadas a sus días, metidas en sus ojos, ramoneando en su pensamiento. (25)

3. Las demás citas de la novela pertenecerán a esta edición.

La fuerte unidad que esta imagen establece entre Wayra y sus ovejas radica en la predilección del origen como concepto primario de formación que esencializa el ser de Wayra, es decir, la identifica no solo en términos de una relación laboral como pastora sino como *sus* ovejas, es decir, dentro de una relación de propiedad intrínseca a su ser. Interpretando esta imagen de esta forma, vemos varios elementos que forman la tradición ideológica de Lara pero también la particularidad histórica que la transforma. Hay dos elementos que se destacan y se juntan: la importancia de la materialidad o propiedad privada, y un tipo de esencialización existencial hegeliana. La combinación de estos elementos en el contexto cultural boliviano transforma su sentido y fija la existencia e identidad del indio (la mujer india) en el campo. La magnitud de esta fijación es evidente en el esfuerzo del MNR por abolir el término *indio* y reemplazarlo por el de *campesino* cuando sube al poder con la revolución de 1952. Hecho que coincide con la publicación de Yanakuna y también con la intención de este gobierno en hacerse cargo de la reedición y distribución de diez mil ejemplares de la novela de Lara. Según Lara, el Ministro de Relaciones Exteriores, Walter Guevara Arze, le escribió una carta informándole:

que el Gobierno de la Revolución había comprado centenares de ejemplares del libro, de los cuales la Cancillería iba distribuyendo doscientos 'entre las bibliotecas, los periodistas y otras personalidades del continente' y justificaba dicha actitud por la particular circunstancia de que tenía la gran ventaja de no haber sido escrito especialmente a propósito, por lo que resultaba orientador de las motivaciones de aquél con mayor eficacia que cualquier tipo de propaganda. (*Wiñaypaj* 56)

La coincidencia no intencional de la novela con la revolución es tal que la cubierta del primer número de la revista *Cordillera* (julio-agosto, 1956) creada por el MNR, lleva la foto de una niña indígena abrazada de un corderito blanco y tierno.

Si por un lado esta imagen indígena de identidad con la naturaleza es y fue parte del imaginario indígena latinoamericano, por otro sirve de arma utópica para promover el cambio hacia una posible liberación material indígena. Por lo tanto, la esencialización es necesaria e importante en la novela de Lara para que la rebelión indígena tenga fuerza. Solo después de entablar la importancia de la unidad entre el indígena y su ambiente puede ser efectivo un discurso de desposesión que presenta la segunda imagen que quiero discutir en este trabajo.

La desposesión de la propiedad, como presenta la novela, crea un estado de alienación en Wayra que ella misma juzga cuando su madre la entrega de sirvienta a los prestamistas. Ante esta circunstancia aún más alienante de ruptura del vínculo familiar, Wayra protesta: «¿Por qué me vendes, madre? ¡Si no soy ni oveja ni pollo! ...!Soy tu hija!» (51). Como objeto de cambio, Wayra

se cosifica y se vuelve mercancía en el mercado laboral. La fuerza de la novela de Lara radica en la tensión entre los polos de posesión y despojo llevados a sus niveles más antagónicos. Gracias a esta tensión surge la rebelión. La fuerza de la ruptura familiar se da otra vez en el manejo de unidades esencializadas como el de madre-hija, en este caso, o el de oveja-pastora, indígena-campo en el ejemplo anterior. Queda claro que a Lara no le interesaba *reflejar* un socialismo basado en la propiedad común de la tierra tipo Mariátegui, sino más bien hacer una crítica del aspecto individual y alienante de la desposesión. Hecho que refuerza más bien el discurso del MNR para la reforma agraria basada en la posesión individual de la tierra, y en este sentido, sigue la política que desconoce al ayllu. Según su biografía, Lara favorecía la existencia del latifundio si éste reconocía ciertos intereses y necesidades del campesinado. De hecho, la segunda parte de *Yanakuna* fue escrita cuando Lara hacía viajes frecuentes al latifundio de los parientes de su esposa, porque lo designaron apoderado de esta propiedad para que se relacionara con los colonos de la hacienda, ya que éstos tenían fama de rebeldes con los dueños anteriores. Según cuenta el mismo Lara:

Entonces, yo empecé por fundar una escuela, establecer una posta sanitaria y una pulpería en la finca, que necesitaba la colonada en razón de que le costaba mucho hacer el viaje hasta la ciudad para proveerse de lo necesario... En aquel fundo había tipos muy interesantes dignos de estudio, y de entre éstos salieron algunos personajes de la obra. (*Wiñaypaj* 55)

En esta declaración, Lara reconoce el sistema de la hacienda solo con modificaciones que beneficiaran al campesino. Su radicalismo se centra más tarde en la lucha política y su apoyo a los guerrilleros izquierdistas, por los cuales Lara no solo arriesgó su vida sino también la de su familia.

El momento histórico de la ideología de Lara captado en *Yanakuna* marca esa posición a favor del progreso indígena, pero por otro lado *Yanakuna* tiene un valor que rebasa la intencionalidad del autor. Lara identifica como causas de la rebelión en la novela, dos razones universales que piden punición. De esta forma, convierte un hecho particular en una causa universal para la rebelión. Esta universalización de un hecho particular y de un problema nacional y regional es el genio de Lara que logra la solidaridad humana en la justicia de sus opresores. Sin embargo, al trasladar los valores universales al plano histórico queda un mito que no se deja historificar: el de la restitución. Restituir implica una existencia previa idílica que no se presta a la historia humana. Sin embargo, es indispensable que la rebelión, *restauré* algo perdido o quitado, un orden previo paradisiaco. Lara crea esta imagen idílica al enfocar el mundo niño, inocente y feliz de Wayra.

De esta forma la idea de rebelión asociada a la de *restauración* tiene más relevancia dentro del plano novelístico, aunque no del plano histórico de la realidad indígena. Por lo tanto, Lara crea en su novela una posibilidad histórica para restituir al indígena una existencia previa que históricamente no ha existido. De esta forma, su interpretación del individuo combina un lazo rousseauniano de totalidad inocente natural con uno marxista, en cuanto a la importancia material para la desalienación del individuo. En este sentido, se percibe la historia como una doble redención que en la obra se presenta como un pasado infantil, cuyo poder de evocación hace que Wayra vuelva de la ciudad para vivir en la comunidad indígena, aunque no la propia, sino la del marido. Este elemento de redención de la historia, según Walter Benjamín, integra un proceso cualitativo a la historia. De cierta forma, es el uso «monumental» de la historia que afirmaba Nietzsche, es decir, la utilización de la historia como ejemplo que hay que repetir. Pero la dimensión cualitativa que le da Benjamín es que esta repetición (evocación) es un proceso de realización (ejecución) y no solo del devenir histórico. «Por lo tanto, la revolución es tanto una futura utopía como una redención mesiánica» según Lowy (121).

Sin embargo, la particularidad de esta obra desmiente hasta cierto punto la efectividad o la posibilidad de la misma utopía que presenta, porque esta fuerte imagen de unidad y felicidad del indígena y su entorno natural es parte de un imaginario más amplio de dominación social y racial. De esta forma, contrarresta la intencionalidad de Lara pero no le quita su fuerza emotiva revolucionaria. Y paradójicamente esta fuerza emotiva radica en la esencialización y fijación histórica del indio y la naturaleza. Es paradójico porque a su vez que es un instrumento de rebeldía que abandera la libertad de Wayra como pastora «deslizándose como el viento» y además evoca una realidad infantil inocente y feliz, mantiene y fija irónicamente al indígena en el espacio del campo, (campesino) un deseo de la aristocracia dominante por controlar la mano de obra indígena. La inmigración indígena a la ciudad ha sido una preocupación constante de la aristocracia terrateniente, según revelan algunos documentos del archivo nacional del Departamento de Estado estadounidense. Se avisa que algunos sacerdotes celebraban misa en el idioma indígena de la región para que los indígenas no aprendieran español y así no dejaran el latifundio por la ciudad. La novela de Lara presenta claramente el aspecto negativo de la vida esclavizante fuera de la comunidad, como sucede con Wayra de sirvienta en el pueblo y con el alcoholismo de su esposo, Sumi, en la ciudad. A pesar de esta negatividad intencional, hay un hecho importante y positivo que resalta del contacto con la urbe: la vinculación con los intelectuales izquierdistas, como el médico forzado al exilio donde trabaja Wayra, el abogado que la atiende honestamente y simpatiza con su causa y más importante aún el conocimiento que adquiere Wayra del español y la esperanza en la justicia; armas

útiles, según la novela, para la liberación. En este sentido, confirma la actitud leninista de los grupos izquierdistas y revolucionarios como el PIR por ejemplo, del cual fue miembro Jesús Lara.

Así en la novela, como en su vida, el izquierdismo presenta esa característica de Lara, de ver la historia como un proceso de liberación a pesar de traer consigo las viejas imágenes de jerarquización racial y espacial del indio, donde operan como una esencialización de estas relaciones de poder pero al mismo tiempo amenazan su destrucción. ▀

ARCHIVOS

National Archives. Washington, State Department Files, Record Group 59, Legajo 824: 911.

OBRAS CITADAS

- Amorós, Celia, *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Madrid, Anthropos, Editorial del Hombre, 1985.
- Benjamín, Walter, *Illuminations. Essays and Reflections*, Ed. and introduction by Hannah Arendt, New York, Schocken Books, 1968.
- Lara, Jesús, *Chajma*, La Paz, Librería Editorial «Juventud», 1978.
- Lara, Jesús, *Wiñaypaj. Para siempre*, La Paz, Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1986.
- Lara, Jesús, *Yanakuna*, 2a. ed., La Paz; Librería y Editorial «Juventud», 1958.
- Lowy, Michael, *Redemption and Utopia. Jewish Libertarian Thought in Central Europe. A Study in Elective Affinity*, London, The Athlone Press, 1992.
- Nietzsche, Friedrich Wilhelm, *The Use and Abuse of History*, New York, London, Macmillan Publishing Company, 1986.
- Rosset, Clément, *La anti-naturalez*, Barcelona, Taurus, 1974.
- Salmón, Josefa, *El espejo indígena. El discurso indigenista en Bolivia, 1900-1956*. La Paz, Ediciones Plural, 1997.